

ción, y así como en los días anteriores se le habían opuesto algunas objeciones, esta vez sus palabras fueron escuchadas en silencio. Por unanimidad se consideró que la intervención sería un suicidio para Italia sin ningún provecho para Francia, y el 8 de agosto el señor Visconti-Venosta telegrafió á París la triste respuesta: «A pesar de toda nuestra buena voluntad, no estamos en condiciones de prestar á Francia un concurso útil.» Y como para dulcificar aquella negativa, añadía: «El mismo Malaret parece hacerse cargo de nuestra abstención (1).»

Francia podía insistir, y en tal caso ¿cómo evitar á la vez la censura de la ingratitud y el peligro de arriesgarlo todo? En esto se patentizó la travesura de Italia. Si el gobierno de Florencia, mediante un compromiso internacional, podía encadenar sus futuras resoluciones enlazándolas con las de Europa, esta oportuna enajenación de su libertad le precavería contra los impulsos del agradecimiento, y á los que le recordaran antiguos favores les podría contestar con los recientes acuerdos que le impedían decidirse por sí solo, pagando de esta manera la antigua deuda muy cómodamente, es decir, con protestas amistosas y con manifestaciones de profundo pesar. La combinación era ingeniosa, y aunque indudablemente pecaba de egoísta, podía excusarse con la inmensidad del peligro que entrañaba el acudir en nuestra ayuda; pero era menester encarnar la idea en una fórmula y de ello se encargó Inglaterra.

En Londres habíanse intentado los más prudentes y laudables esfuerzos en pro de la paz, y al estallar la guerra el gobierno y el público habían hecho recaer sobre Francia la responsabilidad de la ruptura. Los ministros estaban desechados por haber fracasado sus consejos de contemporalización, y los que sólo miraban la superficie de las cosas nos habían juzgado provocadores; por otra parte, se había despertado la envidia nacional temerosa de nuestra victoria, y la revelación del esbozo del tratado belga, hecha por Bismarck, había aumentado la malevolencia. Ya no era jefe de *Foreign-Office* lord Clarendón, aquel perspicaz amigo de Francia; su sucesor, el conde Granville, era un personaje de espíritu sagaz, de clara inteligencia, que no tenía ninguna prevención contra nosotros, pero á quien preocupaba una crisis que imputaba á nuestra precipitación temeraria y que quería ante todo evitar á su país toda clase de complicaciones. Inquieto, ó aparentando estarlo, por la monarquía del rey Leopoldo, había pedido que se reconociera nuevamente la neutralidad belga, mediante una especie de «novación diplomática.» En esto, se había tenido noticia de nuestros desastres que habían causado una mezcla de alegría y de compasión, y el conde Granville, en vista de ello, habíase afirmado en su resolución de no comprometerse. Estas disposiciones se acentuaban con los sentimientos de la familia real, unida por tantos vínculos á la dinastía prusiana. Y aquella frialdad, propagándose por contagio hasta el continente, había de entibiar á nuestros más apasionados amigos y enfriar por completo á los que no lo eran tanto. El Sr. de Bernstorff, embajador de Prusia en Londres, que siempre había sido hostil á Francia, no

(1) Nigra, *Ricordi diplomatici*, pág. 19.—*La vita e i tempi*, de Giovanni Lanza, tomo I, págs. 509-510.

omitía medio alguno para ganar en intimidad lo que nosotros perdíamos en favor: en sus relaciones con el gobierno de la reina mostraba un gran abandono, como suele hacerse con amigos probados de quienes no se temen traiciones ni cálculos cautelosos; sometía todas sus dudas, todas sus alarmas á lord Granville, y el *Foreign-Office* había llegado á ser para él una especie de oficina de informaciones adonde acudía á enterarse de las amistades que conservaba Francia. ¿Iba Italia á poner un cuerpo de ejército al servicio de Napoleón? ¿Preparábase Austria á aliarse con Francia y, mientras esperaba una cooperación más eficaz, se disponía á armar la Galizia? ¿Era cierto que se negociaba un tratado entre Austria, Francia, Italia y Turquía? Granville procuraba tranquilizar al Sr. de Bernstorff sobre todos estos puntos y de cada entrevista salía el diplomático prusiano más convencido de nuestro aislamiento. Sólo respecto de un tema sufría una ligera alteración la cordialidad de aquellas conferencias. El comercio británico había cerrado con el gobierno francés multitud de contratos para el suministro de armas, equipos y municiones, lo cual originaba grandes quejas por parte de Prusia que pretendía que aquellas transacciones eran atentatorias á la neutralidad. El conde Granville rechazaba tal pretensión con suma energía, pues en ella iba la prosperidad de la industria y del comercio nacionales, y la Gran Bretaña, más sensible á la ganancia que á la política, estaba firmemente resuelta á explotar hasta lo último los beneficios mercantiles que le ofrecía la guerra.

Inglaterra, enfriada y casi hostil á Francia, había de ser la confidente natural de todos aquellos que, molestados por antiguos recuerdos que se hacían insostenibles, deseaban esquivar la deuda sin dejar de aparentar que no la negaban; así es que después de los prusianos acercáronse al *Foreign-Office*, como si fuera un confesor, los italianos, quienes acudieron allí á exponer, en el tono de la confianza más íntima, su caso de conciencia. Hallábanse en la cruel necesidad de ser ingratos y buscaban una receta para serlo sin que su conducta apareciera demasiado reprobable, é Inglaterra, que habiendo olvidado Inkermann no podía escandalizarse de que otro olvidara Solferino, y que tenía tanta experiencia política como Italia travesura, encontró en el acto el expediente que no sólo permitiría la inacción, sino que la haría obligatoria. Así nació la combinación que muy pronto debía denominarse la *liga de los neutrales*.

El convenio no había de ser consagrado por un tratado, ni siquiera por un protocolo, ni fijaría de un modo absoluto una estipulación de neutralidad para toda la guerra; sino que consistiría simplemente en un cambio de cartas por las cuales las potencias no englobadas en la lucha se comprometerían á no abandonar la neutralidad hasta después de haberse comunicado sus pensamientos y de haberse avisado recíprocamente su cambio de política. El objeto aparente de aquel acuerdo sería estrechar la unión entre los Estados europeos; pero el objeto real era armar á Italia contra toda presión ulterior de Francia, de suerte que si ésta formulaba sus peticiones nuevamente, encontrarán los consejeros del rey su seguridad en sus propias obligaciones, teniendo no ya el derecho, sino el deber de decir que se hallaban ligados. La *liga de los neutrales* les guardaría contra las tentativas del agradecimiento, de la misma ma-

nera que en el matrimonio el régimen dotal defiende á la esposa contra sus propios arrebatos.

La combinación se divulgó muy pronto y el gobierno francés tuvo noticia de ella por una comunicación del príncipe Gortschakoff al encargado de Rusia en París. El 16 de agosto, el Sr. de la Valette, nuestro embajador en Londres, interrogó á lord Granville: ¿era exacta la noticia?, ¿de qué índole era el compromiso?, ¿estaba ya firmado?, ¿existía el propósito de hacerlo general? El jefe del *Foreign-Office* replicó: «Como los beligerantes no me han dado cuenta de las proposiciones por ellos hechas á las potencias neutrales, podría yo, á mi vez, abstenerme de contestar; sin embargo, amistosamente, oficiosamente, puedo decir cómo ha surgido el proyecto.» Y siguió diciendo el hombre de Estado inglés: «Desde que se inició el conflicto, se ha hablado más de una vez del propósito de llegar á una inteligencia entre las potencias no beligerantes. Nosotros nos hemos opuesto siempre á un tratado, pero no á un cambio de ideas. La semana pasada, el gobierno italiano me confirmó su resolución de mantenerse neutral, á lo que respondí que, aunque opuesto á un tratado formal, estaba dispuesto á que Italia y la Gran Bretaña se dieran recíprocamente la seguridad de que ninguno de los dos Estados abandonaría su actual situación sin previo y recíproco aviso del cambio de actitud... Rusia ha aprobado el convenio, y en cuanto á los demás Estados, no he tenido tiempo para hacer ninguna gestión cerca de ellos (1).» El Sr. de la Valette se apresuró á telegrafiar á París lo que acababa de averiguar, y al día siguiente acabó de desarrollarse el proyecto anglo-italiano. En efecto, el 17 de agosto envié á Austria y á los Estados secundarios la invitación para tomar parte en la liga, recibiendo el 19 la contestación austriaca y en los días siguientes las de los demás gabinetes.

V

La *liga de los neutrales* completaba el aislamiento de Francia. Pero las potencias, al unirse, ¿conseguirían, á lo menos, una mayor autoridad que emplearían en pro de la paz?

Austria habría deseado esta acción común, pues en su concepto la *liga de los neutrales* significaba mediación; mas, desgraciadamente, estos deseos tan humanos habían de estrellarse contra las ideas de la Gran Bretaña, muy interesada en limitar el incendio, pero que no consideraba llegado todavía el momento oportuno de extinguirlo, y sobre todo contra las mismas disposiciones de los beligerantes, ansiosos los unos de completar su victoria y los otros de espiar una ocasión que les permitiera tomar el desquite.

En aquel entonces los alemanes se instalaban en las provincias invadidas, más que como huéspedes de paso, como ocupantes que se preparan una residencia duradera. Nombróse para la Alsacia-Lorena un gobernador cuya jurisdicción debía extenderse precisamente á los distritos que más adelante habían de ser arrebatados. El rey Guillermo, al descubrir la magnitud de sus ambiciones, revelaba implícitamente su voluntad de

(1) Véase el despacho del conde Granville á lord Lyons, de 16 de agosto (*Further correspondence respecting the war between France and Germany*, 1871, págs. 11-12).

continuar la lucha, porque Francia, desde el momento en que se le exigían tamaños sacrificios, no cedería hasta haber agotado sus últimos recursos. En Berlín, las recientes victorias habían sobreexcitado el espíritu belicoso (2), y los rusos, confidentes de los prusianos, juzgaban que este estado de ánimo había de hacer de muy dudoso éxito cualquiera tentativa de pacificación. Así hablaba el príncipe Gortschakoff á sir Andrés Buchanam, embajador de Inglaterra; y la Gran Bretaña, tan favorable á la abstención, no dejaría de escudarse en aquel juicio para predicar y practicar la inmovilidad.

También Francia se resistía á entrar en tratos. Una



El conde Granville

dinastía tradicional, fortalecida por una larga posesión, habría podido soportar y hacer aceptar la prueba de los reveses; pero no se hallaba en las mismas condiciones el Imperio, el cual sólo subsistía á condición de triunfar. La humillación de sucumbir á la derrota habría contrastado con la infatuación que había descontentado anticipadamente la victoria. En esta situación embarazosa y cruel nuestros pensamientos se negaban á descender hasta el nivel de nuestros infortunios por la necesidad de sostener un papel y de engañarnos á nosotros mismos. El día 15 de agosto, el boletín del *Journal Officiel* contenía estas líneas: «No hay que pensar ni por un momento en negociaciones pacíficas.» La víspera había llegado de Viena el Sr. de la Tour d'Auvergne, nombrado ministro de Negocios extranjeros, quien, el 16, celebró una entrevista con lord Lyons, embajador de Inglaterra, precisamente cuando por un telegrama del Sr. de la Valette acababa de enterarse de los trabajos que se realizaban para constituir la *liga de los neutrales*. El ministro habló de ésta fríamente, sin objeción, sin disgusto aparente y negó con cierta altanería que la situación de Francia fuese tan comprometida como algunos se complacían en propalar: «Hemos sufrido reveses, dijo, pero podemos repararlos, y mien-

(2) Sobre el estado del espíritu público en Alemania véase la notable obra de M. Sorel, *Histoire diplomatique de la guerre franco-allemande*, tomo I, págs. 270 y siguientes.

tras conservemos la esperanza de poder arrojar de nuestra patria á los prusianos, no nos conviene tratar; en todo caso, sólo podríamos negociar sobre la doble base de la integridad territorial y de la subsistencia de la dinastía (1).» Tres días después, en una nueva entrevista, se mantuvo el ministro en la misma actitud, repitiendo que no podía consentirse ninguna cesión de territorio, pero sin ocultar tampoco la impaciencia que le habían producido las fanfarronadas de Francia en los comienzos del conflicto. «Si la fortuna volviese á sonreírnos, añadió, nos limitaríamos á pedir un arreglo equitativo que pusiera fin al antagonismo entre Francia y Prusia, instaurara en Europa una paz sólida y acabara con los armamentos ruinosos.» Este lenguaje era altivo y un tanto optimista para un vencido. El señor de la Tour d'Auvergne lo sabía: su atención ansiosa espiala las noticias, no de las cortes, sino del ejército, y en presencia de los mensajes desfavorables, mostrábase consternado. «Todo se hunde,» decía en voz baja á sus colegas durante el consejo de ministros (2); pero á los primeros indicios algo mejores, renacía su esperanza. Cuando las circunstancias cambiaran en sentido favorable, se trataría; antes, no, porque un solo triunfo, aunque fuese modesto, templaría los arrebatos del amor propio y devolvería á los diplomáticos algo de su pérdida autoridad.

El emperador no se persuadía, no podía persuadirse, de que Víctor Manuel, su antiguo aliado, no le socorriera. Un débil, muy débil, destello de esperanza inspiró una última tentativa cerca del gabinete de Florencia.

La misión fué puramente oficiosa y se confió al príncipe Napoleón. Hallábase éste, en la mañana del 19 de agosto, en su barraca del campamento de Chalóns cuando entró en ella el emperador: «Las cosas van mal, le dijo el monarca con toda la confianza propia de las situaciones en extremo apuradas. Tu presencia aquí no es de ninguna utilidad, y como sólo queda una esperanza, poco probable, pero cuando menos posible, y es la de que Italia, poniéndose del lado de Francia, declare la guerra y procure arrastrar consigo al Austria, parte inmediatamente para Florencia y ve á tu suegro; nadie mejor que tú para esta misión.» El príncipe objetó que el éxito de esta tentativa le parecía inverosímil; pero, ante las súplicas del soberano, púsose en camino provisto de un simple pasaporte (3). Este esfuerzo *in extremis* no fué consultado con el ministro de Negocios extranjeros, el cual no lo supo hasta el día siguiente ó el otro. El 22 de agosto, el Sr. de la Tour d'Auvergne telegrafió al general Fleury que le había interrogado: «Nada sabemos de la misión del príncipe Napoleón;» y añadía con cierta sorpresa ligeramenta desdeñosa y aparentando un exceso de ignorancia: «Parece que se dirige á Italia (4).»

Apenas llegado á Florencia, pudo el príncipe medir el abismo en que nuestros reveses nos habían hundido. Allí se le miró como á la imagen viviente de la derro-

(1) Despacho de lord Lyons al conde Granville, 16 de agosto de 1870 (*Further correspondence*, 1871, pág. 12).

(2) *Enquête parlementaire sur le 4 septembre*, declaración del Sr. Brame, tomo I, pág. 512.

(3) El príncipe Napoleón, *La vérité à mes calomnieux*.

(4) *La France et la Russie en 1870*, papeles del general Fleury, pág. 201.

ta: los unos se apartaron de él; los otros le prodigaron, ora en forma sentida y desolada, ora en lenguaje prolijo y frívolo, las protestas de su amistad impotente. El que iba á pedirlo todo, nada podía ofrecer en cambio, ni siquiera Roma, que ya tomarían los italianos sin necesidad de la ayuda de Francia. Las noticias de Metz, que se conocían por los despachos alemanes, atestiguan que había empeorado la situación de Bazaine, y este aumento de adversidad acababa de enfriar los ánimos. Sea por el cuidado de no incurrir en ninguna censura, sea porque conservara un resto de ilusión, el príncipe, de momento, pareció no desesperar y aun envió á Trochu, en forma de petición de consejo, un telegrama singular en el que parecía disponer de las fuerzas italianas como si ya las hubiese obtenido: «Los soldados italianos, decía al gobernador de París, ¿habrán de dirigirse á Belfort pasando por el Monte Cenís ó á Múnich pasando por los Alpes? En este último caso sería necesario el permiso del Austria porque se atravesaría su territorio.» El 25 de agosto respondió Trochu que el mejor punto de concentración sería Lyon, desde donde aquellas tropas marcharían sobre Belfort ó sobre Langres. Estos cálculos eran superfluos desde el momento en que Italia estaba resuelta á no dar nada. El único testimonio de buena voluntad de esta potencia fué una gestión que intentó cerca del gabinete de Londres. El 27 de agosto, el Sr. de Cadorna, ministro del rey en Inglaterra, presentóse en el *Foreign-Office* diciendo: «¿No sería oportuno que las potencias neutrales se unieran para poner término á los horrores de la guerra? — No es tiempo todavía, respondió friamente Granville, y un esfuerzo en este sentido sería más perjudicial que útil.» El diplomático italiano no insistió. ¿Para qué había de insistir, si el príncipe Napoleón tenía orden de negarse á toda discusión sobre una intervención diplomática?

El 27 de agosto, el enviado del emperador, completamente desengañado (y habría podido estarlo desde el primer día), telegrafió á su primo: «No creo poder decidir á Italia á la guerra si no sobrevienen otros acontecimientos.» Y pidió nuevas instrucciones, aunque dando á entender que, en su concepto, lo más conveniente era su inmediato regreso á Francia. Desde el fondo de los Ardenas contestóle el emperador: «Recibido tu despacho. Aquí, nada nuevo. Te ruego que permanezcas donde estás á fin de seguir las negociaciones.» En su consecuencia, quedóse el príncipe, pero cada vez más aislado y siendo cada día más molesta su presencia á aquellos cuya tímida gratitud se esforzaba en despertar. El rey, no pudiendo alejar al príncipe, se marchó á cazar, apelando así á la diversión á que se suele recurrir en los grandes apuros; y los ministros se ponían fuera del alcance de las vehemencias de aquel á quien por su categoría y por sus desdichas habían de respetar. De esta suerte transcurrieron en una inacción enervante los días 29, 30 y 31 de agosto. Se acercaba, pues, el gran suceso que había de hundir de un solo golpe la dinastía napoleónica y la Francia.

VI

Casi no me atrevo á prolongar el relato de estas desconsoladoras negociaciones. Entre Francia, vencida, pero no dominada, y Prusia vencedora, pero no satisfe-

cha, ¡qué habilidad habría sido bastante ingeniosa, qué influencia bastante grande para hacer aceptar una intervención! Sólo una potencia hubiera podido intentar semejante empresa, Rusia, que poseía la fuerza militar de que carecía la Gran Bretaña, y no era como Austria tímida á causa de recientes derrotas ó de fronteras por todas partes vulnerables. No se había comprometido en ninguna de las últimas complicaciones, y como desde Crimea había practicado una política de recogimiento, y como la revolución polaca apenas la había perjudicado, sus recursos materiales y su crédito moral estaban intactos. Los vínculos de familia la aproximaban á Berlín; la afinidad de gustos, las simpatías, el instinto confuso, pero ya muy extendido, de una futura alianza, la empujaban hacia París. Tenía interés en que Prusia no se engrandeciera demasiado, porque era una vecina, y en que Francia no decayese de un modo excesivo, porque á la distancia á que de ella estábamos sólo podíamos servirle sin jamás chocar con ella. El zar, erigiéndose en abogado de la moderación, pareció continuar una tradición de raza, puesto que aquel papel generoso se le aparecía en los recuerdos de 1815 y en la herencia de Alejandro I.

La desgracia había querido que en los comienzos de la guerra nuestras temeridades hiciesen que todas las apariencias estuvieran en contra de nosotros: la declaración conminatoria del 6 de julio había desagradado en San Petersburgo, y Alejandro no había disimulado su disgusto al enterarse de la petición de garantías. El zar, aludiendo á sus recientes gestiones, había dicho: «No puedo hacer más; se ha herido la altivez del rey de Prusia,» expresándose así como hombre que, por una especie de solidaridad, no estaba muy lejos de sentirse también él ofendido. El soberano ruso, que era sobrino del rey Guillermo y muy accesible á las influencias de familia, mostrábase propicio á aceptar confiadamente las noticias procedentes de Berlín, y Bismarck, demasiado hábil para no explotar esta credulidad, había tenido buen cuidado de hacer llegar hasta San Petersburgo la famosa leyenda de la carta de disculpas, propuesta, según se decía, por Gramont á Werther; al enterarse de esto, Alejandro, que desdeñaba toda comprobación, que no sospechaba la mentira y que estimaba que aquella exigencia era un insulto para la dignidad de todas las coronas, se había irritado hasta el punto de encolerizarse. Y habiendo en esto llegado á la corte rusa el general Fleury, ni el sentimiento de la cortesía, ni la consideración personal de que gozaba el embajador habían sido bastantes á suavizar las quejas del soberano moscovita.

El zar recobró al fin su sangre fría, mas no por esto se disiparon sus prevenciones, y reflejo de este estado de ánimo había sido, desde los comienzos de la guerra, una alarmante disposición equívoca respecto de la actitud futura. El 18 de julio, el barón Jomini, en ausencia de Gortschakoff, escribía al general Fleury: «Lo mejor que puede hacer Rusia es permanecer apartada de la lucha todo el tiempo que le sea posible; mas pudiera suceder que las necesidades de la lucha obligaran á Francia á arrastrar á ella al Austria, y en este caso la guerra tomaría un carácter tan amenazador para nosotros, que, á pesar de nuestra buena voluntad, nos sería difícil mantenernos en nuestro papel de expecta-

tor impasible... y podría abrirse un abismo infranqueable entre Francia y Rusia.» Cuando el zar hubo de notificar su declaración de neutralidad, costó mucho trabajo impedir que añadiese á ella alguna reserva positiva para el caso de una ingerencia austriaca; pero la restricción que no se formuló en público, mostróse sin ningún disfraz en las conversaciones de los diplomáticos rusos. Así el Sr. Okuneff decía en París al Sr. de Gramont: «Si Austria se arma, nos armaremos nosotros; si Austria ataca á Prusia, nosotros atacaremos á Austria.—Para hablar de esta suerte, replicaba Gramont, ¿no tenéis ningún tratado secreto con el gabinete de Berlín (1)?» No, no existía tratado secreto entre Rusia y Prusia, como no le había entre Austria y Francia; pero los acontecimientos habían preparado tan bien la unión, que en pocas horas podría negociarse y firmarse un tratado.

Tal vez con ventajas ó con promesas se habría podido transformar en simpatías las frialdades del gobierno ruso. En San Petersburgo la opinión pública y la prensa hablaban de la revisión del tratado de 1856: «Parece como si fuese esta la condición de la inteligencia con Francia,» escribía desde allí Fleury; á lo que Gramont contestó: «Procurad mantener á Rusia en la neutralidad el mayor tiempo posible..., pero no prometáis nada, no contraigáis ningún compromiso para el porvenir.» Esta respuesta puso en grave aprieto á Fleury, el cual replicó: «¿Cómo queréis que pida mucho cuando no puedo ofrecer nada?»

Los temores del zar tomaban distintas direcciones. Entre otras cosas, temía que la guerra dejara sentir de rechazo su influencia en Polonia; pero Gramont expidió un telegrama para disipar toda aprensión, y ante esta declaración tranquilizóse el soberano (2). Poco duró, sin embargo, la calma, surgiendo la alarma de nuevo y á propósito de Dinamarca. Alejandro I se lamentó muy enérgicamente de la presión ejercida por Francia sobre el rey Cristián IX, diciendo: «Sea cual fuere el resultado de la lucha, Dinamarca se expone á represalias.» Fleury reivindicó respetuosamente para su patria el derecho de mantener las simpatías de antiguos aliados y añadió que Dinamarca nada había de temer de la guerra desde el momento en que la protegería Francia, si salía vencedora, y en caso contrario, la protegerían Inglaterra y Rusia (3). En el entretanto, el zar conferenciaba con el conde Chotek, embajador de Francisco José en San Petersburgo, y procuraba por todos los medios apartar de nosotros al Austria. El general Fleury daba cuenta de estas intrigas, pero apenas se atrevía á expresar el deseo de que fracasasen, porque estaba persuadido de que la alianza de Viena tendría por consecuencia inmediata la hostilidad de San Petersburgo, y entendía que la fuerza que Francia pudiera sacar de la ayuda de Austria no había de compensar los peligros que para ella entrañaría la enemistad de Rusia.

(1) Despacho del duque de Gramont al general Fleury, 5 de agosto de 1870.

(2) Despachos del duque de Gramont al general Fleury, 28 de julio de 1870, y del general Fleury al duque de Gramont, 30 de julio de 1870.

(3) Despacho del general Fleury al duque de Gramont, 4 de agosto de 1870.

No faltaban, sin embargo, en San Petersburgo poderosas influencias antialemanas: en el ejército y en la corte tenía Francia vivas simpatías; el gran duque heredero estaba «bien dispuesto», según escribía Fleury, el cual añadía: «La gran duquesa María y los suyos están completamente de nuestra parte y la emperatriz se muestra perfectamente razonable.» Pero el emperador, aunque de ordinario benévolo y á veces hasta cariñoso, tenía violentos accesos de «parcialidad irreflexiva» que le impulsaban bruscamente hacia Prusia; y aquí estaba el peligro, porque el zar era el único que mandaba (1).

No obstante, en aquella corte, absolutamente militar, toda la atención se concentraba en las noticias de los campos de batalla, y se creía que, á lo menos al principio, Francia lograría algunas ventajas; tal era, según se afirma, la opinión de Todleben.

A todo esto fueron conocidos allí nuestros reveses, y lo que hubiera debido abrumarnos pareció por un instante favorecernos. Hasta entonces Rusia había ayudado á Prusia de dos maneras, obligando á Austria á permanecer inactiva y á Dinamarca á mantenerse neutral; pero al ver que la fortuna nos abandonaba, sus temores cambiaron de dirección y comenzó á sentir los de su vecina. En el ejército aumentaron las simpatías hacia Francia y aun se asegura que en ciertas reuniones militares se brindó por la derrota de los alemanes (2); y en los círculos políticos, el nombramiento del Sr. de la Tour d'Auvergne, muy estimado entre los diplomáticos, acentuó la reacción. El 14 de agosto, el general Fleury trató de hacer notar el cambio en un importante telegrama: «Los últimos acontecimientos, escribía, mueven á Rusia á reflexionar seriamente; sé por confidencias que mira con temor el porvenir y que se preocupa de buscar alianzas para hacer frente á eventualidades que teme... En mi opinión hay una coyuntura que aprovechar.» Y esta coyuntura consistía, según indicaba Fleury á renglón seguido, «en una reconciliación de Rusia con Austria.» «El zar, añadía el general, guiado por la idea no confesada de ser útil al rey Guillermo, se ha opuesto con todas sus fuerzas á una intervención de Austria en favor de Francia... Hoy, lo sé, lo presiento, se ha modificado algo el espíritu que dictó estas declaraciones absolutas y me inclino á pensar que se dejaría hacer al Austria si el Sr. de Beust daba al fin garantías en lo tocante á Galizia, si declaraba terminantemente, como ha sabido hacerlo Francia, que no fomentará las aspiraciones polacas.»

¿Intentóse realmente esta aproximación entre Viena y San Petersburgo que habría dejado á Austria en libertad de unirse á nosotros? Sabemos que en aquellos días el conde Chotek partió para Viena, y es muy probable que el objeto de su viaje fuera poner en conocimiento del emperador y del Sr. de Beust los sentimientos algo modificados de Alejandro. En la misma época vino á París un polaco eminentísimo que estaba al servicio de Austria y era muy amigo de Francia, el señor Klazko; y si hemos de dar crédito á recuerdos desgraciadamente muy vagos, el objeto ó uno de los objetos

(1) Despacho del general Fleury al duque de Gramont, 4 de agosto.

(2) Relato del Sr. Schuyler, ministro de los Estados Unidos en San Petersburgo, al Sr. Fish, 17 de agosto.

de su misión fué someter á la emperatriz una combinación que aproximaría Rusia al Austria y de rechazo ambas á Francia. Estos datos son demasiado inciertos para autorizar otra cosa que conjeturas. Según todas las apariencias, no hubo más que comienzos de ideas y á lo sumo un esbozo de proyecto; y en el fondo era muy difícil creer que los sentimientos más equitativos de Rusia llegaran hasta facilitarnos alianzas. Además, nuestra situación hallábase demasiado quebrantada para que Austria solicitara en lo sucesivo la libertad de comprometerse por nosotros. Una sola cosa parece haber sido confirmada por la historia, á saber, que bajo la impresión de nuestras derrotas el gobierno de San Petersburgo se afirmó en la idea de abreviar la guerra, de hacer que la paz no fuese demasiado dura, y de salvar algo del orden europeo. El 16 de agosto, el príncipe Gortschakoff decía al representante de Inglaterra, sir A. Buchanam: «Si una de las grandes potencias hace una proposición práctica para el restablecimiento de la paz, Rusia se adherirá á ella. Europa pide que termine pronto la lucha y que se llegue á una inteligencia sobre bases equitativas y duraderas.» El canciller ruso hasta se preocupaba del sitio en donde se celebrarían las conferencias y sólo excluía dos ciudades, Berlín y París.

Pero, aun reducida á tan modestas proporciones, la obra había de ser superior á la vacilante voluntad de Alejandro. El temor de una Alemania demasiado grande le empujaba hacia nosotros; pero sus lazos de familia, sus instintos germánicos volvían á ponerle al lado de Prusia. Tornadizo y débil, sincero en sus perplejidades, descubría el desorden de su alma, y sus conversaciones, difíciles de retener, tantas eran sus contradicciones, «abundaban á la vez en expansiones y en reticencias (3);» y si otorgaba su confianza, era para retirarla á la menor sospecha. Al tener noticia de la misión del príncipe Napoleón, persuadióse de que éste desde Francia iría á Viena. ¿Promovería allí la cuestión polaca? Preciso fué que una negativa formal formulada por el Sr. de la Tour d'Auvergne llegara oportunamente para tranquilizarle (4). En esto regresó de Viena el conde Chotek «trayendo, según Fleury, al emperador de Rusia de parte del emperador de Austria la proposición de adoptar una actitud armada con mira á una inteligencia común (5).» El proyecto, al decir del general, no fué aceptado (6). Es indudable que el zar escribió repetidas veces á su tío Guillermo excitándole á que abreviara el conflicto y moderara sus exigencias; pero estas eran comunicaciones privadas de las que no había de quedar huella alguna en las cancillerías. El rey contestaba muy afectuosamente, mostrando gran pesar; y luego invocaba á Dios todopoderoso que guiaba sus ejércitos, y el interés de Alemania que no permitía que éstos se detuvieran en su marcha. El sobrino no se sentía molestado por estas respuestas, y el tío proseguía tranquilamente su camino.

(3) Despacho del general Fleury al príncipe de la Tour d'Auvergne, 29 de agosto de 1870.

(4) Telegrama del príncipe de la Tour d'Auvergne al general Fleury, 22 de agosto de 1870.

(5) Despacho del general Fleury al príncipe de la Tour d'Auvergne, 31 de agosto de 1870.

(6) Despacho del general Fleury al príncipe de la Tour d'Auvergne, 29 de agosto de 1870.

Sin embargo, á los ojos del zar, el emperador Napoleón, señor de la Francia, encarnaba en ella la autoridad, y el recuerdo de amistosos testimonios y el lazo de solidaridad entre los tronos impedían que se le abandonara por completo. Si se hundía en la tempestad, su desaparición proporcionaría una excusa al miedo para esconderse y una justificación á la indiferencia para ir á la abstención, y bajo el pretexto de que no existiría Francia cada cual obraría independientemente como si ya no existiese Europa. Precisamente la política egoísta, la política de ganancia que se substituía á la política europea, mostraba ya á Rusia un fruto próximo á caer del árbol y á punto para ser cogido. En San Petersburgo se soportaba con humillada impaciencia el tratado de 1856; en el desorden engendrado por la guerra ¿no se presentaría una ocasión para hacerlo desaparecer? Francia, atenta sólo á su salvación, permanecería muda; Inglaterra, abandonada á sí misma, sería impotente. La idea, que iba abriéndose paso poco á poco, acabaría por prevalecer, y del mismo modo que Italia ambicionaba Roma, Rusia, desentendiéndose de todo lo demás, proclamaría su entera libertad en el mar del Norte.

Mas esta historia ya no es la del *Segundo Imperio*, y

hora es ya de que volvamos á los acontecimientos militares. Además ¿qué importan esos restos de negociaciones, esas lástimas todavía mezcladas con algo de envidia, esas semigenerosidades que miedosas prudencias paralizan? Veleidades compasivas hubo muchas; ayuda eficaz, intervención verdaderamente viril, ninguna. ¿Debe esto sorprendernos y sobre todo irritarnos? Nuestros infortunios eran tan grandes que proporcionaban excusas sobradas á las timideces y á las deserciones; y por otra parte en nuestra actitud conservábamos esa altivez que desconcierta á los que quieren prestar ayuda. Dos años después, uno de los diplomáticos que más intervinieron en los sucesos de 1870, el Sr. de Chaudordy, había de decir, hablando de la segunda parte de la guerra: «De todos los soberanos, sólo uno se interpuso sin vacilar entre nosotros y nuestros enemigos, el Padre Santo, que escribió al rey de Prusia una carta ofreciéndose como mediador (1).» Este juicio original, irónico y amargo, ¿no entraña la expresión bastante exacta, aunque excesivamente simple, de lo que, en nuestras desgracias, intentó Europa en favor nuestro?

(1) *Enquête parlementaire*, declaración de Chaudordy, tomo II, pág. 4.